

Cultura a la contra

Enredados en redadas

La noche es tiempo de monstruos, de terror y de misterio. Lo ha sido siempre: en la oscura Prehistoria, el hombre se refugiaba al atardecer en su caverna, al amor del fuego, temeroso de los monstruos y de los malos espíritus; en la no menos oscura Edad Media, llántrapos y vampiros sembraban el horror tras la puesta del sol. Ahora es más raro. Ahora los buenos burgueses —movidos a ello por gacettilleros de la derecha desestabilizadora que no distinguen bien las cosas— temen a los noctámbulos, a quienes consideran bestias peligrosas, drogadictas y navajeras, ávidas de sangre y de heroína. No se atreven a cruzar el para ellos pelagrosísimo barrio de Malasaña cuando se acaba el día; y, sin embargo, se trata de uno de los barrios más tranquilos de todo Madrid.

Bueno, en realidad no es tranquilo. Existe un peligro real en Malasaña: las redadas, los controles, las nubes de policías que lo invaden, sobrecogiendo de terror a quienes por allí andamos. Y no es que yo tenga nada en contra de la Policía, aunque a veces lo parezca, pero, de verdad, no resulta precisamente tranquilizador verse de pronto encañonado por una metralleta y cacheado salvajemente en busca de no se sabe bien qué; a lo mejor piensan que los grapos van a tomarse copas al Armadillo, o que quienes allí vamos llevamos un terrorista oculto en el bolsillo. Lo malo es que a veces las metralletas se disparan, y hay accidentes que pueden ser mortales.

Así que de noche, por un motivo o por otro, ya casi no se puede salir, o supone una heroicidad hacerlo. Cuando salgo de mi casa por las tardes, lo hago con la despectiva sonrisa en los labios de quien no teme a la muerte, ni a la tortura. Puedo quedar enredado en alguna redada, pero en cierto modo desprecio esa alarmante posibilidad. No estoy dispuesto a dejar de ir a los sitios a donde voy habitualmente, porque tengo la idea romántica y equivocada de que la calle es mía, es decir, de todos los ciudadanos, y de que los bares y cafés son lugares públicos, donde la gente puede reunirse con una cierta impunidad.

Lo malo es que ya las fuerzas de ocupación de la calle no se limitan a la noche; no son, desgraciadamente, vampiros. Así, y durante tres domingos consecutivos, han aparecido por el bar La Bobia, hacia las tres de la tarde, cuando todo el mundo y el mundillo se reúne para tomar unas copas. Yo asistí a una de estas curiosas operaciones policiales —no la puedo llamar redada, porque no se llevaron a nadie— y fue verdaderamente alarmante. De pronto entraron tres policías uniformados, y tocaron un silbato. Después nos amenazaron con sus metralletas y nos hicieron poner las manos en alto, bajo amenaza de disparar. Estuvieron un rato por allí, mirando, y luego se fueron sin que nadie entendiera ni por qué habían entrado ni por qué se habían ido. Yo me quedo con la duda de si no se tratará de una especie de odio personal hacia el dueño de La Bobia, de una sutil operación para hacer que su bar quede deshabitado de clientela los domingos.

Madrid se ha convertido en una ciudad tomada. No entiendo por qué. Y menos entiendo que, con el increíble aumento de efectivos policiales, me hablen del masivo incremento de la delincuencia en nuestra ciudad; deben estar locos, los delincuentes. ■
EDUARDO HARO IBARS.

trabajo en forma de carta a las máximas instancias gobernantes (y que muy pocos de los aludidos se permitieron comentar), hay un corolario audaz, en forma de "utopías", que definen y resumen el estilo del autor. Todos los cargos, especialmente los de los funcionarios del Estado, debie-

ran ser revocables y sometidos a fiscalización; los cargos públicos, por su parte, debieran someterse a sorteo entre la mayor parte de los ciudadanos, al estilo de la democracia griega y con la finalidad de desmitificar y banalizar el ejercicio del poder; que todos, como compensación, puedan ser

alguna vez burócratas felices, mediante la democratización de determinados privilegios, de todos conocidos; que se consiguiera la intercomunicación entre súbditos y poder, merced, precisamente, a alguno de los innumerables inventos técnicos; que existiera, como derecho generalizado, un ingreso mínimo anual garantizado, que resolviera necesidades vitales; y que, finalmente, se reconociera la responsabilidad subsidiaria para todos los que esconden en su "inviolabilidad" la incompetencia de la gestión y el poder. ■ PEDRO COSTA MORATA.

CINE

"Un rey en Nueva York"

En 1957, Charles Chaplin había decidido ya abandonar los Estados Unidos e instalarse definitivamente en Suiza. El Comité de Actividades Antiamericanas del senador Mac Carthy, que había destrozado estúpidamente el trabajo de cientos de cineastas de talento, le alcanzó también a él y, como otros, tuvo que exiliarse. Pero desde su rica residencia suiza no podía dejar de pensar en aquel país que le había otorgado los máximos honores recibidos nunca por un hombre de cine, pero también el mayor desprecio. Chaplin, por supuesto, no había sido nunca comunista, pero el senador Mac Carthy veía fantasmas por todas partes y cualquier ironía, cualquier crítica sobre la vida americana, se consideraba delito acreedor al máximo castigo posible. Muchos hombres desaparecieron, muchos quedaron traumatizados por toda su vida, muchos interrumpieron su carrera o la transformaron perdiendo para siempre la sensibilidad que les caracterizaba. Huyendo de todo eso y enfrentándolo al mismo tiempo, Chaplin escribió y dirigió en el máximo secreto "Un rey en Nueva York", la parodia más incisiva e inteligente sobre el comité de Mac Carthy y sobre la estupidez de un pueblo que se dejaba convencer con tópicos, esquemas y apriorismos. "Un rey en Nueva York" es un recorrido sobre distintos aspectos de la vida norte-

americana, resueltos siempre desde la ironía. No falta tampoco la clásica ternura de Chaplin, tan discutida por muchos; en este caso, expuesta a través del personaje de un niño sabihondo. Pero esa ternura estaba también al servicio de la denuncia de la hipocresía, la venalidad y la estupidez.

Chaplin se ríe de todos. Maldice a Mac Carthy y lo riega con una inmensa manguera de agua como en los mejores tiempos del cine mudo. Utiliza para su crítica los recursos que le habían hecho famoso en el mundo entero en una suerte de autohomenaje intencionado. Como punto representativo del cine de Chaplin, "Un rey en Nueva York" puede considerarse como una de sus mejores películas. Aislándola de su filmografía, se nos presenta igualmente como una aguda comedia que revolucionó el mundo del cine en su momento y que creó en los Estados Unidos una corriente de opinión más importante y eficaz que otros trabajos denunciadores de Mac Carthy, pero resueltos desde la timidez o el miedo. Aunque nunca fuera Chaplin un hombre de claros compromisos políticos y sus ideas no superaran lo que se entiende por el ambiguo "sentido común", ocasiones como la de "Un rey en Nueva York" hacen pensar que también desde la derecha pueden realizarse películas críticas importantes. Sólo faltan honestidad y talento. Y Chaplin era millonario de ambas cosas. ■ DIEGO GALAN.

Charles Chaplin.

